

Fortuna

Adolfo García Ortega

Pre-Textos. Valencia, 1993. 102 páginas, 1.775 pesetas

ENTRE la memoria y el sueño, por infinidad de vías que de continuo se interfieren, se mueve una gran parte de la poesía contemporánea. Adolfo García Ortega (Valladolid, 1958), que cultiva en anchura —novela, ensayo y poesía— el campo de las letras, recoge ahora en este volumen la producción de la que él juzga su primera etapa lírica. Lo hace desde una perspectiva de autocrítica, que le lleva a eliminar de los dos primeros libros publicados —«Esta labor digital» y «La mirada que dura»— la mayor parte de composiciones: de ochenta y cinco poemas sólo trece salen airoso de la reválida, y eso con la condescendiente calificación de «primeros poemas» o ensayo de escritura. Mejor suerte corre el tercero, «Oscuras razones» (1988), que García Ortega considera ya como primer capítulo de su discurso poético, al que ahora añade un segundo, más bien breve y parcialmente anticipado en publicaciones de circulación más limitada: «Hoteles».

En esta ocasión el título del libro resulta orientador: «Fortuna». Remite, en efecto, a un poema que resume el sentido total de la trayectoria poética y encuadra el planteamiento de la escritura: «Vivir en los hoteles/que he leído, en sus cuartos que he soñado,/y no ser nadie: terrible azar/.../a la espera de un golpe de fortuna/que nos revele cuanto los años/se propusieron esconder» (pág. 88). Una vez más, entre la memoria y el sueño, en busca, también una vez más, de la identidad perdida. En el camino nos encontraremos, sin sorpresa, con espejos, dobles, figuras borrosas en la niebla y otros elementos imaginativos de la tónica moderna. No constituye una limitación, porque no es en la materialidad del sonido en lo que difieren las voces y los ecos.

Adolfo García Ortega busca, y en buena medida encuentra, su voz propia en la configuración de un espacio de poema que no es el de la memoria de lo vivido ni exactamente

«El autor busca, y en buena medida encuentra, su voz propia en la configuración de un espacio de poema que no es el de la memoria de lo vivido ni de lo soñado, sino de lo creído»

de lo soñado, sino de lo creído: «No recordar, maldita memoria,/sino creer a lo lejos que aún hablan días/perfectos insatisfechos» (pág. 37). Desde las primeras páginas rescatadas empieza a perfilarse la figura de un hombre deshabitado de casi todo —«el silencio me deshabita» (pág. 33)— que se mueve por borrosos espacios anodinos, como un transeúnte sin objeto preciso. Le queda tan sólo alguna vaga referencia literaria: es un mínimo artificio que permite al poeta tender cabos de intertextualidad al «huésped de las nieblas» (págs. 14, 33, 34, 38, 40...) o al protagonista que se debate entre «la realidad y el deseo» (pág. 56).



Si algo queda de lo vivido, el poeta que se desdobra en esa figura lo retiene «tan lentamente que parece inmóvil/la emoción de hallarlo en un tiempo sumido/que no existe» (pág. 59). En definitiva, se trata de romper con la memoria, aun cuando ello conlleve la propia muerte. Y todo esto se traduce en la composición de pequeños cuadros inmóviles, que vienen a ser como postales que el tiempo ha decolorado: contornos que se difuminan y vida disecada. A un lector no avisado los versos pueden parecerle desvaídos en su textura y, de puro confidenciales, átonos. Lo que semeja limitación es, sin embargo, propósito estético. El reto consiste, justamente, en «perderse en las horas no mirando nada» (pág. 68), en «vagar atado/a lo que no se nombra/más allá del tiempo por el que no has pasado» (pág. 51). Difícil reto, cuyo logro se perfila en el conjunto del libro y se concreta en algunas piezas excelentes —pongo por caso «Estíbaliz» (pág. 40)—, pero a costa de naufragar en bastantes composiciones poéticamente desustanciadas.

Anticipado ya en «Oscuras razones» (págs. 59 y 68), el espacio de los hoteles se eleva en la última entrega a elemento vertebrador alegórico. Se explicita así la connotación, que envolvía los poemas anteriores, de un espacio por el que el protagonista del libro se mueve en soledad y sin capacidad de entablar relación alguna. Y se añade ahora una especificación: tal espacio es como un escenario teatral que soporta impasible y ajeno el simulacro de vida que por él pasa: es una «maquinaria del vacío, dolorosa, brutal,/con que la ausencia conquista cada objeto» (pág. 81). Por ahí deambula, deshabitado y ausente en la ausencia, el protagonista de «Fortuna»; consciente de poder ser, o de ser, un personaje de las «novelas de la vida triste».

Descubrimos entonces al fondo de todo que el único espacio que le queda como propio es el de la literatura, el del poema, y que él intenta aprovecharlo «para creerse dueño de algún mundo» (pág. 91). Resulta por ello paradójico que A. García Ortega haya elegido como lema inicial del libro el verso de Calderón: «Idos, sombras, que fingís.» Porque sólo sombras, a veces bien esbozadas, flotan en sus versos. Y como una sombra más viene a ser, en definitiva, el protagonista que declara su «ilusión de ser/el único habitante de lugares vagos/y en neblina de noche».

Víctor GARCÍA DE LA CONCHA
de la Real Academia Española